

# GRACIAS POR EL DIA DE HOY

Por **Agnes Pharo**

EL SOL brillante de la mañana penetró por la ventana. Mario abrió los ojos, soñoliento. Pero no tardó en despabilarse.  
-¡Oh! -sonrió-. ¡Es hoy, y estoy contento!  
Mario vivía en una gran hacienda. Se sentía feliz porque ése era el día en que su primo David vendría para hacerle una visita larga.

Mario saltó de la cama. Se vistió, se lavó, se cepilló los dientes y se peinó el cabello. Corrió afuera y soltó a las gallinas. Les dio de comer y les puso agua. Mario estaba encargado de cuidar las gallinas.

Luego regresó corriendo a la casa. La mamá tenía el desayuno sobre la mesa.

-¡Cereal con leche! -exclamó Mario-. ¡Qué rico huele!  
Inclinó la cabeza cuando el papá pidió la bendición. Pero estaba tan excitado que casi no podía comer.  
Finalmente el papá miró el reloj.

-Las ocho. Es hora de ir a buscar a David al ómnibus.

En el viaje al pueblo, Mario observaba cómo pasaban uno tras otro los postes de los alambrados. Alcanzó a ver una liebre que se ocultaba en el pastizal. De pronto apareció el campanario de la iglesia.

-Papá -dijo Mario-, ¿crees tú que David irá a la escuela sabática conmigo?

-Oh, estoy seguro que sí -respondió el papá-. No tienes más que preguntarle.

-Bueno -dijo Mario-. Y tengo muchas otras cosas planeadas que podemos hacer juntos.

Cuando llegaron a la terminal, el gran ómnibus estaba justamente entrando. En cuanto el conductor abrió la puerta, David saltó del ómnibus.

-¡Hola, David! -saludó Mario.

-¡Hola, Mario! -saludó David al mismo tiempo.

En el viaje de regreso a la hacienda, Mario le habló a David de todos sus planes.

-¿Irás también mañana a la escuela sabática?

-Por supuesto -dijo David-. A mí me gusta ir a la escuela sabática.

-Nos vamos a divertir -dijo sonriendo Mario-. Nos gustan las mismas cosas.

Cuando llegaron a la casa, la mamá les sirvió galletitas y leche.

Después de que terminaron de comer, Mario preguntó:

-¿Qué te gustaría hacer, David?

David se quedó pensando y luego le dijo: -Vayamos a ver los animales.

Los muchachos corrieron a la pradera. Había allí vacas y ovejas que pacían en la hierba verde y fresca.

-¿Dónde están los caballos? -preguntó David.

-En el galpón -respondió Mario-. Ven, te los mostraré.

Dentro del galpón estaba fresquito. Pero como venían de la luz brillante del sol, casi no podían ver. Y David se lo hizo notar a su primo.

-¡Hola, muchachos! -dijo una voz-. Vengan aquí.

David dio un salto, pero Mario se rió.

-Es papá -explicó.

El papá estaba ensillando un gran caballo alazán. Al lado había un caballo grande, blanco.

-¿Les gustaría dar una vuelta a caballo por el campo? -preguntó el papá.

Mario abrió la boca para decir que sí, pero se detuvo a tiempo. Recordó que David era su huésped. No sería cortés dejarlo solo en la casa, y el papá sólo podía llevar a un muchachito sentado delante de él en



la montura.

-Yo.. . yo. . . bueno. . . -tartamudeó Mario.

El papá le hizo una guiñada como si se hubiera dado cuenta de lo que Mario estaba pensando. Luego dijo:

-Roberto, el peón, también va.

David puede ir con él.

El papá lo sentó a Mario frente a él, y Roberto lo ayudó a subir a David. Luego salieron. Los caballos galopaban. El viento le voló el sombrero al papá y los dos muchachos se rieron.

Esa noche Mario se arrodilló junto a su cama. "Querido Jesús -oró-, gracias por hoy y por haber permitido que David nos visitara. Gracias por mañana cuando iremos a la escuela sabática juntos. Te doy gracias porque me permites compartir todo lo bueno que tengo con alguien. Amén".